

Cómo aprovechar la violencia insurgente en Afganistán

Teniente Coronel Thomas Brouns, Ejército de EUA



(AFP, Massoud Hossaini, Hamed Zalmay)

Soldados estadounidenses y policías afganos se dirigen al lugar donde ocurrió un ataque suicida en Kabul, 15 de marzo de 2009.

DESDE HACE MÁS de 7 años, luego de arrebatarle al Talibán el control de Afganistán, la victoria permanece evasiva. El Talibán, Al-Qaeda y un sinnúmero de elementos indeseables han sido forzados a pasar a la clandestinidad, se han celebrado elecciones exitosas y existe un gobierno nominalmente funcional. Tácticamente hablando, los insurgentes representan poca amenaza para las Fuerzas de Ayuda de Seguridad Internacionales (*ISAF*), las fuerzas de la coalición (aparte de las *ISAF*) o

el Ejército Nacional Afgano. La infraestructura y estructura afgana han tenido un progreso dramático después de casi tres décadas de guerra casi constante.

No obstante, a pesar de los éxitos tácticos y locales, la posibilidad de la derrota estratégica es amenazante. Han continuado escalando ininterrumpidamente tanto las víctimas civiles como militares. El número combinado de las tropas de la coalición y de las *ISAF* se han más que quintuplicado desde el 2002, sin embargo, la

El Teniente Coronel Thomas Brouns, Ejército de EUA, es oficial de comunicaciones estratégicas en el Comando de Fuerzas Conjuntas de la OTAN, con sede en Brunssum, los Países Bajos. Se ha desplegado a Kabul, Afganistán cuatro veces como

integrante del Comando de Fuerzas Combinadas-Afganistán o del Cuartel General de la Fuerza Internacional de Apoyo de Seguridad. Recibió su licenciatura de la Universidad de California-Davis y su Maestría de la Universidad de Troy.

frustración afgana con la situación de seguridad sigue aumentando. La confianza y creencia del afgano común de que mejorará su situación inmediata y la de Afganistán, en general, permanece en un nivel bajo desde su brusca caída

Actualmente, los hechos que ocurren en el terreno no están trabajando a nuestro favor.

en el 2006 y 2007. A medida que la preocupación acerca de la seguridad persiste, el fracaso percibido o verdadero de muchas inversiones y proyectos para llegar a áreas rurales en donde prevalece la pobreza, provee un terreno fértil para el reclutamiento de insurgentes. Luego de siete años de promesas, se nos está acabando el tiempo. Los afganos han perdido la paciencia con la retórica. Si esperamos proporcionar exitosamente estabilidad duradera en Afganistán—y hacerlo pronto, los afganos necesitan ver el cumplimiento de promesas de seguridad mejorada y progresos tangibles en sus situaciones personales.

Dentro de los círculos militares de EUA y de la OTAN, se han llevado a cabo muchas conversaciones acerca de la necesidad de vender más eficazmente la idea de que estamos teniendo éxito en Afganistán. Se han invertido millones en iniciativas para mercadear el éxito, superar la preferencia de los medios de comunicación para difundir las malas noticias y competir con un enemigo ágil en un terreno mediático complejo y a menudo desfavorable. Dentro de los círculos militares, las iniciativas para ganar el control de la narrativa han sido apodadas “comunicaciones estratégicas”. A medida que muchas comandancias luchan con el concepto, que tiene que ver con lograr una mayor eficacia y unidad de voz en las comunicaciones públicas, uno se pregunta si lo que verdaderamente necesitamos no son las “comunicaciones estratégicas” sino una mejor *estrategia* de comunicaciones.

A fin de ser justos, proveer información acerca de Afganistán es una tarea inmensamente compleja. Resulta tentador pensar que proveer “buenos relatos para los noticieros” junto con hechos y estadísticas y una narrativa

consistente como por qué estamos en Afganistán, resolverá el problema. No obstante, el número de interesados involucrados y audiencias que participan simultáneamente puede ser abrumador. En un mundo ideal, todas las acciones desde las Naciones Unidas (*ONU*) hasta el anciano aldeano de alguna parte en Afganistán, estarían divulgando el mismo mensaje, resonados por los medios de comunicación. Desgraciadamente, agendas opuestas y frecuentemente en competencia, ideas contrarias de la situación actual, y más significativo, una vasta audiencia con necesidades e intereses discrepantes, sugiere que lo mejor que podemos esperar es algún tipo de medida de información *coordinada*. La OTAN y las *ISAF* tienen que jugar un rol importante en el logro de esta coordinación.

A pesar de un enfoque renovado en Afganistán—mucho antes de que nuestra atención estuviera concentrada en Iraq—no hemos hecho gran cosa para cambiar las percepciones, ya sea allá o internacionalmente. Resulta crítico cambiar este ímpetu para el futuro de Afganistán. Las percepciones más importantes están en dos frentes: los afganos tienen que apoyar a su gobierno actual y rechazar lo que ofrecen los insurgentes y los ciudadanos de los países que contribuyen con tropas y recursos para las *ISAF* tienen que apoyar las iniciativas de sus gobiernos en Afganistán. La OTAN y las *ISAF* deben comunicarse con toda esa audiencia para competir con una estrategia de comunicaciones insurgente agresiva. Aún si nuestra estrategia de comunicaciones es exitosa, últimamente, las acciones en Afganistán influyen en las percepciones de toda la audiencia más de lo que influiría cualquier comunicado de prensa.

Intentar controlar la “zona de información” es de muchas maneras como intentar controlar bolitas de mercurio de un termómetro roto. Los periodistas quienes saben que conseguirán mayor apoyo de sus revisores por una llamada telefónica desde el más novedoso teléfono celular proveniente de un auto-designado “vocero del Talibán”, a menudo pasan por alto los comunicados de prensa cuidadosamente manejados e investigados, repletos de hechos y datos estadísticos. Las malas noticias suelen sobresalir—hay tanta mala noticia que reportar. Sin embargo, ultimadamente, las comunicaciones



Iain Chochrane

A pesar de las quejas de corrupción, muchos policías nacionales afganos arriesgan a diario sus vidas. Estas fuerzas llevan la parte más difícil de la violencia insurgente, triplicando las muertes en el Ejército Nacional Afgano.

estratégicas no pueden substituir los hechos que ocurren en el terreno. El Secretario de Defensa Robert Gates declaró, “La solución no yace en alguna campaña refinada de relaciones públicas o intentar superar la propaganda de Al-Qaeda, sino a través de la acumulación continua de acciones y resultados que, con el transcurrir del tiempo, fomenten confianza y credibilidad”.¹

El futuro está en las manos de los afganos

Actualmente, los hechos que ocurren en el terreno no están trabajando a nuestro favor. La última “temporada de combate” del verano, culminó con 268 muertos de la fuerza de coalición y por primera vez, durante varios meses, excedió la tasa de muerte en Iraq.² Los intentos de analizar la tasa de muertes civiles y militares continuamente en crecimiento—alegando que es un resultado de nuestra presencia en aumento hasta ahora en áreas abandonadas—le suena hueca a nuestra audiencia. Dado que

el invierno les proporcionó a los insurgentes una oportunidad para reagruparse, reclutar y reaccionar, es poco probable que aún el despliegue de 10, 15 ó 20 mil tropas adicionales alterará significativamente y de manera positiva la situación si no se da un cambio importante en la estrategia. Desde los primeros días de la Operación *Enduring Freedom*, cuando habían 9.200 soldados desplegados en Afganistán, los incidentes violentos habían incrementado aproximadamente de manera paralela con el número de tropas en general. De hecho, dado al incremento en el uso de los métodos asimétricos de los insurgentes, tanto la incidencia de enfrentamientos como las bajas que los acompañan (incluso civiles) han escalado más rápidamente que el número de tropas. Si bien 20.000 tropas adicionales podría parecer un paso significativo hacia adelante, los últimos 7 años muestran un mayor deterioro de la situación de seguridad antes de que la misma mejore. La idea de que hay un “punto decisivo” en el cual el aumento del número de tropas ocasionaría que la violencia comenzara a disminuir, es dudosa. Si hubiera tal punto decisivo, podría estar cerca de 150.000 tropas adicionales. Esto es un gasto que ni los EUA ni los otros miembros de la OTAN pueden costearse.

Podemos balancear un poco el déficit al continuar adiestrando y equipando a las fuerzas locales afganas, incluso, al ejército, la policía, las fuerzas de seguridad fronterizas y demás

En los últimos años, la historia de Afganistán ha hecho que los afganos, especialmente, se rehúsen a tomar bandos.

componentes de las fuerzas de seguridad nacional afganas. Salvo en el ejército, el progreso ha sido frustrante y dolorosamente lento. El número total de la Policía Nacional Afgana, para un país de casi 30 millones de habitantes es sólo el doble del número de oficiales de la policía en la ciudad de Nueva York.³ A pesar de soportar lo más duro de la violencia insurgente,



Iain Cochrane

Reclutas del Ejército Nacional Afgano provienen de una gran variedad de antecedentes y se alistán por un sinnúmero de motivos.

la policía afgana sigue siendo víctima de cargos de corrupción, faccionalismo tribal y de carencia de equipo y adiestramiento. El Ejército Nacional Afgano, (*ANA*, por sus siglas en inglés), cuenta con 70.000 efectivos, con una meta eventual de 134.000 en los próximos tres años, en medio de cuestionamientos acerca de la sostenibilidad financiera. Aún si la comunidad internacional elaborara un esquema viable para financiar al *ANA*, mientras que la economía afgana continua desarrollándose, podría ser que no podamos contar con el tiempo necesario para desarrollar su capacidad a fin de defender a Afganistán por sí solos.

El déficit en las fuerzas de seguridad ha motivado la solicitud de armar a las milicias tribales—un programa de “vigilancia de vecindarios” con armas. Una iniciativa similar contribuyó, en gran medida, a reducir el nivel de violencia in Iraq. Sin embargo, existen grandes diferencias entre Iraq y Afganistán. En lugar de tener dos facciones principales—suníes y chiitas—Afganistán es anfitrión de cientos de tribus y clanes a los que se les puede convencer para trabajar juntos a fin de vencer una amenaza común, tal como un invasor extranjero. Pero en ausencia de una amenaza común, terminan trabajando por los intereses de sus propias

tribus o para un líder quien, temporalmente, une a unas cuantas tribus para resolver un problema local. Si potenciamos a las tribus afganas para proporcionar su propia seguridad, habremos desperdiciado años de trabajo desarmando a las milicias para dar un monopolio de fuerza militar al gobierno nacional (donde pertenece). A fin de proporcionar un ejemplo de lo que podría suceder si las tribus afganas tomaran el control de la seguridad, deberemos recordar la violencia en Afganistán después de que los soviéticos se retiraron y las encarnizadas luchas por el poder hasta que el Talibán pudo imponer su propia y peculiar marca de seguridad.

Armar a los “afganos comunes y corrientes” y pedirles que se encarguen de su propia seguridad crearía más problemas de los que resolvería. En los “afganos comunes” es donde debemos concentrar, precisamente, nuestra atención. Los afganos comunes tienen que aceptar su propia forma de gobierno actual y rechazar lo que ofrecen los insurgentes. Sin embargo, la situación imprevisible actual en cuanto a la seguridad no ayuda a tranquilizar a estos afganos comunes con respecto al futuro. Esto requiere un nivel de seguridad mínimo para ganar tiempo a fin de lograr el desarrollo infraestructural y económico indispensable para estabilizar al país y proporcionar los estándares básicos de vida. Este nivel básico de vida silenciará la base de reclutamiento para los insurgentes, ya que en una población que no tiene nada que perder es fácil reclutar a terroristas suicidas en contra de los “invasores extranjeros”. Un número relativamente pequeño de insurgentes de áreas económicamente golpeadas pueden usar ataques y propaganda espectaculares para exagerar su fortaleza percibida. Consecuentemente, incluso en áreas donde hay una relativa prosperidad, la insurrección puede manipular fácilmente un vacío de seguridad para su beneficio aún cuando la mayoría está en contra de la insurgencia.

En los últimos años, la historia de Afganistán ha hecho que los afganos, especialmente, se rehúsen a tomar bandos. Si bien, en privado, los afganos prefieren a su gobierno actual ante cualquier cosa que los insurgentes pudieran ofrecer, vacilan para manifestarlo abiertamente, porque el hacerlo los convierte sumamente vulnerables. A través de toda su historia, los afganos han sufrido repetidamente indignaciones por parte de poderes externos hostiles, rivalidades de aniquilación mutua, guerras y cambios súbitos de gobierno. En vista de que el control de sus aldeas ha cambiado de manos muchas veces sin aviso previo y continúa sucediendo, el afgano común permanecerá sin comprometerse hasta tanto el futuro se aclare. Los comentarios de Sir Robert Thompson sobre Malaya aplican: “Lo que el campesino quiere saber es: ¿Piensa el gobierno que puede ganar la guerra? Porque de no ser así, tendrá que apoyar al insurgente”.⁴

Resulta imprescindible que desafíemos a los afganos para que adopten una postura pública—e irrevocable—a favor del gobierno. Sin embargo, con este imperativo viene una gran responsabilidad. Si convencemos a los afganos para que adopten dicha postura, estaremos obligados a apoyarlos cuando los insurgentes los desafíen—como indudablemente la harán. Hay suficientes fuerzas de seguridad en Afganistán para hacerlo en incidentes locales y aislados, pero raramente sucede. De vez en cuando, un número de tribus y comunidades afganas manifiestan públicamente su apoyo al gobierno. Es un imperativo absolutamente crítico y moral que los apoyemos si los insurgentes los desafían en estas declaraciones públicas. Comunidades aledañas observan cuidadosamente la situación para ver qué sucede. Si les agrada lo que ven es mucho más probable que se comporten de manera similar—las noticias vuelan rápido en Afganistán a pesar de una ausencia relativa de medios de comunicación. Dicha tendencia necesita ser alimentada y desarrollada hasta que alcance una masa crítica—una base, una sublevación progubernamental que los insurrectos no podrán detener.

Corazones y mentes: ¿Un campo de juego desigual?

El mayor obstáculo para que un afgano común adopte tales posturas es la eficacia de los insurgentes para usar la propaganda—y

especialmente el uso de la violencia como una forma de propaganda. Los insurgentes entienden claramente la naturaleza crítica del ambiente de la información y se dan cuenta de la importancia de la propaganda para lograr sus objetivos. En cierto modo, el ambiente de los medios de comunicación representa un campo de juego desigual que favorece a los insurgentes—y ellos lo utilizan insaciablemente para su beneficio. Comparten vínculos religiosos, tribales y étnicos; un idioma y un entendimiento mucho más profundo y rico de la cultura, necesidades y vulnerabilidades de los afganos. Escasamente se encuentran limitados por la necesidad de conocer la verdad o la necesidad de comprobar los hechos, lo que les permite reaccionar mucho más rápido a los sucesos—especialmente, si ellos han dirigido esos acontecimientos para apoyar su causa. Por otra parte, el deseo de las corporaciones de medios de comunicación por los beneficios que esto les aporta, favorece el tipo de información sensacionalista que publica la propaganda insurgente.

Sin embargo, en cierto modo, el gobierno afgano, la OTAN y las *ISAF* son sus peores enemigos. Deben poder usar su credibilidad, recursos y fácil acceso a la audiencia a fin de destacar la incapacidad del Talibán para ofrecerles a los afganos otra cosa que brutalidad. A pesar de esta ventaja, muchos observadores cuestionan quién está ganando la guerra de ideas.⁵ Las diferencias culturales que existen entre la OTAN, las *ISAF*, el pueblo afgano y el gobierno afgano en Kabul y algunos de sus electores en áreas remotas, ofrecen una gran ventaja para los insurgentes.

No obstante, muchos de los obstáculos para la competencia en la guerra de ideas son auto-impuestos. Las estructuras burocráticas y jerárquicas podrían contribuir a garantizar la consistencia de mensajes, pero también obstaculizan la rapidez con que llegue el mismo. Las limitaciones en el uso de temas religiosos también restringen, en cierto modo, el uso de la poesía, música y demás herramientas culturalmente relevantes. Entre otros obstáculos se encuentran la falta de una política consistente de la OTAN con respecto a Paquistán y demás vecinos, distintos enfoques en lo que toca a hacer responsable al gobierno afgano y las dificultades

en la armonización de los mensajes con la ONU.

A pesar de sus mejores esfuerzos, las fuerzas extranjeras y el gobierno afgano también le dan forraje, inadvertidamente, a los planificadores de propaganda insurgente. Los errores y accidentes que generan víctimas civiles y daños a la infraestructura son una consecuencia inevitable de las operaciones militares. Incluso, el uso de armas de precisión no puede eliminar tales accidentes. Una carencia relativa de tropas en el campo lleva a una mayor dependencia del poder aéreo cuando las tropas en el terreno se ven en aprietos. Al explotar la gran desconfianza afgana hacia las intenciones de las fuerzas extranjeras y los bagajes de la historia, los insurgentes pueden convertir nuestros errores en triunfos para la propaganda y movilizar el apoyo para su causa. La falta de familiarización de nuestras tropas con la cultura afgana nos lleva a cometer más errores y a dar más pasos en falso con respecto a las expectativas afganas. El gobierno afgano tiene menos dificultades con esto y puede usar su propia fuerza militar de una manera más personal y culturalmente sensible. Sin embargo, debido a la falta de una fuerza aérea significativa propia, a menudo, los soldados afganos requieren el poder aéreo extranjero para salir de apuros, resultando nuevamente en un detrimento para las fuerzas internacionales cuando las cosas salen mal. No obstante, los problemas mucho más significativos para el gobierno es la percepción permanente y diseminada de la corrupción dentro de sus niveles más altos, un fracaso percibido para proporcionar servicios esenciales—incluso, la seguridad—y su carencia de legitimidad entre el pueblo afgano.

A menudo, los métodos informativos de propaganda insurgente tales como cartas nocturnas, declaraciones a los medios de comunicación, páginas de internet, radio móvil y los DVD, inspiran poca credibilidad al pueblo afgano.⁶ Sin embargo, analizar solamente estas formas “tradicionales” de propaganda,

es pasar por alto un aspecto importante de las iniciativas de propaganda insurgente.

El poder que los insurgentes manejan en el “espacio informativo” no radica en lo que *dicen*—si no en lo que *hacen*. Acciones tales como decapitaciones, colgamientos públicos, golpizas, bombardeos suicidas, ataques con dispositivos explosivos improvisados y asesinatos, ponen en evidencia la capacidad de los insurgentes de cumplir sus promesas. Esta propaganda tiene una credibilidad verdadera con los afganos comunes y con la audiencia internacional. Las justificaciones con base en religión no resuenan con la gran mayoría de los afganos; sin embargo, sólo se necesita un puñado de fanáticos dispuestos a volarse a sí mismos en una muchedumbre de afganos para enviar un mensaje mucho más poderoso. Estas acciones dan un crédito verdadero a las amenazas de los insurgentes para infligir daños. Una disposición demostrada para cumplir sus amenazas coloca a los insurgentes en la posición de manejar los palillos de una manera más eficaz que las zanahorias que tenemos a nuestra disposición.

Si bien demuestran, repetidamente, su disposición para “cumplir promesas” con respecto a la violencia, los insurgentes pueden,



Las casas de té constituyen un lugar importante en donde se tratan los temas del día, incluso el rol y rendimiento de las fuerzas internacionales, mayo de 2007.

simultáneamente, capitalizar en la incapacidad del gobierno afgano para cumplir su promesa de seguridad, desarrollo y gobernanza. El historial insurgente de proporcionar desarrollo y gobernanza es abismal y carece de una visión común singular. Sin embargo, los insurgentes sólo necesitan demostrar que el gobierno afgano y el Oeste están fracasando. Al preservar el estatus quo—de un estancamiento—realzan su propia credibilidad y merman la nuestra y la del gobierno del país.

Los insurgentes usan su habilidad de mezclarse con la población y beneficiarse de los resentimientos populares y nexos étnicos, religiosos e históricos para representar al gobierno como ineptos y a las fuerzas extranjeras como forasteros. La meta de los insurgentes es la de ofrecer, eventualmente, a una población brutalizada, frustrada y exacerbada, sus alternativas como la única solución al estatus quo. Armados con una ventaja significativa en el espacio informativo están dispuestos a perder enfrentamientos convencionales y tácticos para obtener su meta estratégica—el rechazo eventual del gobierno afgano y de los invasores extranjeros.

En el núcleo de la estrategia de los insurgentes yace el énfasis que hacen en *la persuasión* como la última meta de todas sus operaciones. En los círculos militares occidentales, tendemos a caracterizar las acciones de “cinéticas” o “no cinéticas”. Esta separación que existe entre las dos es la base de nuestro problema y del éxito de los insurgentes. Los insurgentes ven lo “cinético” y lo “no cinético” como uno y el mismo. Según *Asia Report*, “Solemos ver las operaciones de información como un suplemento de las operaciones cinéticas [de la lucha]... prácticamente cada operación cinética está concebida especialmente para influir actitudes u opiniones”.⁷

Los ataques de Al-Qaeda del 9/11 no eran sencillamente para matar a un gran número de occidentales; eran para influir en las actitudes de la población estadounidense y en las acciones del gobierno de EUA. Si bien el ser forzados a esconderse en las montañas, probablemente no estaba contemplado en los cálculos de Al-Qaeda, solamente Osama bin Laden sabe, con certeza, si se logró el objetivo principal de esta operación

de información masiva. El Talibán y otros grupos insurgentes dentro de Afganistán han continuado planeando sus operaciones de esta manera. Los insurgentes promueven ambas estrategias de información en Afganistán, donde dependen, en gran medida, de amenazas, intimidaciones e internacionalmente utilizan “todas las redes disponibles—políticas, sociales, económicas y militares—para convencer a los encargados de tomar decisiones políticas enemigos de que sus metas estratégicas son, ya sean, inalcanzables o demasiado costosas para el beneficio percibido”.⁸

Se discute si es necesario elaborar más iniciativas o convencer a los afganos de que la insurgencia fracasará, o convencer a la comunidad internacional de que el proporcionar más apoyo resultará infructuoso. Ambas son necesarias y se necesitan urgentemente.

Convirtiendo la violencia insurgente a nuestro favor

Las opiniones de las audiencias involucradas representa el talón de Aquiles de la OTAN cuando se trata de Afganistán—ya sean afganos, estadounidenses, franceses o cualquier otro de los aliados que contribuyen con las tropas para la misión de las *ISAF*. Si los afganos no respaldan a su gobierno y a sus tropas, no tendremos éxito. Al mismo tiempo, si el Oeste no alberga ninguna esperanza y propósito en la misión de las *ISAF*, retirará su ayuda.

La tendencia en Afganistán no está a nuestro favor. Internacionalmente, hay indicios de que los insurgentes no sólo tratan cada vez más de llegar a las audiencias no afganas, sino

que se podría observar un éxito mayor con las mismas. Se discute si es necesario elaborar más iniciativas o convencer a los afganos de que la insurgencia fracasará, o convencer a la comunidad internacional de que proporcionar más apoyo resultará infructuoso. Ambas son necesarias y se necesitan urgentemente.

Sin embargo, las FF.AA. tienen más control y más apalancamiento, y pueden coordinar mejor sus acciones dentro de Afganistán. Además, el apoyo hacia su forma de gobierno por parte del

...casi descuidamos, por completo, el comportamiento en sí como algo que debemos intentar cambiar.

pueblo afgano, opuesto a lo que ofrece el Talibán (si acaso), es en última instancia de lo que se trata el conflicto en Afganistán.

El reconocimiento de la importancia que tiene la opinión pública en Afganistán ha aumentado dramáticamente dentro de los círculos militares de la OTAN. A pesar de lo que sugieren los informes de noticias, se han hecho esfuerzos masivos para reducir las muertes civiles, llevar a cabo operaciones conjuntas Afgano-*ISAF*, cambiar la manera en la que cateamos las viviendas de presuntos insurgentes y adiestrar a los soldados para que se comporten de maneras más cónsonas con la mentalidad afgana.

Al realizar la capacidad de los insurgentes para movilizar la opinión pública con violencia, ahora dividimos en factores los efectos psicológicos potenciales de nuestras acciones militares en nuestras consideraciones de planificación. Los planificadores de la coalición se han dado cuenta de que concentrarse en la red e intentar matar o capturar a todos los terroristas o insurgentes es una tarea como la de Sísifo. No trata la causa principal, el movimiento.

En lugar de usar medidas de operaciones influyentes para *suplementar* la iniciativa principal—matar y capturar a insurgentes—“influir” necesita ser la iniciativa principal en Afganistán. Dicha influencia necesita ser

respaldada, a su vez, por la fuerza militar, según sea necesario. Esto no implica que no debemos usar la fuerza, pero al decidir, cuándo o cómo usar fuerza militar, el factor principal a considerar es su impacto en los afganos y el respaldo que obtenga su gobierno.

A partir del 2005, el uso de bombardeos suicidas—en el pasado, prácticamente, inconcebible en Afganistán—ha escalado astronómicamente.⁹ Coincidentemente, el uso de dispositivos explosivos improvisados y la coordinación de eventos en los cuales los insurgentes matan a funcionarios públicos y a civiles afganos ha incrementado dramáticamente—junto con la cobertura de los medios de comunicación. Si bien se han realizado muchos estudios de las tendencias en el uso de las formas de propaganda “tradicionales” de los insurgentes, a menudo ignoramos, pasamos por alto o malinterpretamos el rol de la violencia en la influencia que ejerce en las actitudes y comportamiento. Se han tomado pasos para tratar el uso de la violencia de los insurgentes, pero apenas tocan la superficie en término de las dinámicas involucradas en moldear la opinión pública afgana. Necesitamos transformar el uso de la violencia de los insurgentes a nuestro favor.

Las iniciativas en curso para contrarrestar la propaganda insurgente se concentran, en gran escala, en el uso de los medios de comunicación para cambiar *actitudes* porque estamos familiarizados con los medios de comunicación de nuestra propia cultura, y porque al usarlos para cambiar *actitudes* funcionó relativamente bien en las iniciativas recientes de la OTAN en Bosnia y Kosovo. A menudo, en Afganistán utilizamos los medios de comunicación y otras herramientas para influir actitudes en un rol paralelo y complementario a las operaciones. Intentamos aumentar el apoyo público para las iniciativas del gobierno, mientras las operaciones para expulsar a los insurgentes de sus guaridas siguen sin disminuir. Hay carteleras, periódicos, espacio televisivo y una cadena creciente de estaciones de radio. Usamos dichas herramientas para cambiar las actitudes del público afgano (con la esperanza de que también cambie el comportamiento), mientras que pasamos por alto

el comportamiento de los mismos insurgentes. Presumimos que están atrincherados en su ideología la cual no podemos esperar cambiar. Aún más importante, casi descuidamos, por completo, el comportamiento en sí como algo que debemos intentar cambiar. Hay ciertas iniciativas para persuadir a los insurgentes a comportarse de una manera distinta “mostrándoles las consecuencias de su comportamiento”—V. gr., persiguiéndoles implacablemente con medios militares—si los insurgentes continúan comportándose violentamente, a menudo la respuesta es aprovechar su comportamiento y violencia para demostrar que son, ni más ni menos, “gente mala” que no merece el apoyo popular. Destacamos las atrocidades cometidas por los insurgentes—ataques con las IED, ataques suicidas, bombardeos, asesinatos y masacres de inocentes o “espías”—para intentar impulsar una cuña entre el afgano común y los insurgentes. Irónicamente, a las personas a quienes les pedimos que retiren su apoyo a los insurgentes no tienen el poder de ir en contra de los mismos sin poner en peligro sus propias vidas o las de sus familiares.

El problema principal que enfrenta esa táctica es que el pueblo afgano ya está, arrolladoramente, en contra de los fabricantes de los IED y de los insurgentes.¹⁰ Los afganos saben muy bien quién es responsable de las matanzas y quién ocasiona las muertes. Ellos quieren que todo esto se acabe y se sienten impotentes para detenerlos ellos mismos. Sin embargo, la falta de apoyo a los insurgentes no se traduce en el aumento de apoyo para las ISAF o para el gobierno afgano. De hecho, a menudo, los sondeos de opinión muestran lo opuesto: el aumento de la violencia imprevisible al azar, a menudo va mano a mano con la ira creciente en contra de su gobierno y de las ISAF por no prevenir tales incidentes. Algunos afganos no sólo culpan a las ISAF por estas muertes sino que también sospechan complicidad en ellas, porque no pueden entender cómo una colección de naciones tan grandes, ricas y poderosas no pueda librarlos de lo que hemos alegado durante años, son sólo unos cuantos miles de insurgentes. La esperanza de que podamos seguir operando como lo hemos venido haciendo hasta ahora y que un día los afganos concluyan que ya han tenido suficiente

violencia de los insurgentes y se les enfrenten, es vana. Un escenario aún más escalofriante—y para nada improbable—es que en su lugar, ellos perderán la paciencia y se enfrentarán a su propio gobierno y exigirán el fin de la presencia de tropas extranjeras.

Dedicamos una gran cantidad de energía educando a nuestras tropas en cómo evitar, más eficazmente, caer víctimas de terroristas asesinos y ataques, sabiendo que continuarán aumentando en el futuro cercano. Estas iniciativas deberán continuar junto con los esfuerzos para encontrar soluciones técnicas que puedan ofrecer alivio temporero hasta tanto los insurgentes adapten sus tácticas en respuesta. Sin embargo, no debemos descartar la posibilidad de que podamos usar operaciones de influencia para retardar o hasta invertir la tendencia actual de violencia insurgente. Sin embargo, para hacerlo, *es indispensable dejar de publicar estos eventos con el objetivo de levantar un apoyo popular para las ISAF o para el gobierno afgano*, ya que esto actualmente podría apoyar los objetivos insurgentes y fomentar la repetición de dichos acontecimientos. Si entendemos el objetivo insurgente para llevar a cabo ataques violentos, podría ser posible convencerlos de que no están logrando su objetivos, por consiguiente, persuadirlos para cambiar de tácticas.

La insurgencia está concebida para infundir terror, miedo e incertidumbre al pueblo. La violencia imprevisible sigue ocasionando que los afganos se pregunten si su gobierno o las fuerzas extranjeras pueden hacer *algo* para evitarlo. Cuando, como a menudo es el caso, esta violencia se dirige al gobierno o las fuerzas extranjeras y si resultan muertos o heridos afganos inocentes, los afganos se auto protegen contra sucesos futuros evitando al gobierno y a las fuerzas extranjeras. Si sucede uno o dos veces, los afganos poden culpar a los insurgentes. Si estos eventos continúan sin disminuir o aumentan, es muy probable que los afganos culpen a las autoridades por no tomar medidas eficaces para prevenirlo.

El que los afganos tomen medidas llega a ser aún menos probable con el transcurrir del tiempo, según el bien documentado fenómeno psicológico de “desamparo aprendido”—cuando las personas llegan a creer que no tienen control



Iain Cochrane

Los ancianos conversan sobre temas desconocidos en frente de sus tiendas cerradas, marzo de 2008.

sobre una situación, se tornan pasivas, aún si realmente poseen el poder para cambiar las circunstancias. Por lo tanto, publicar la violencia insurgente sirve a las metas insurgentes mediante el aumento de los elementos del ambiente que favorecen la causa insurgente.

La peor medida que podemos adoptar es intentar enmascarar nuestros propios errores en cuanto a las bajas civiles y a los daños a la infraestructura afgana—tan deplorables e involuntarios como pudieran ser. De vez en cuando, los medios de comunicación publican declaraciones hechas por oficiales de las *ISAF* donde destacan que los insurgentes, intencionalmente, ocasionan más muertes civiles que las, accidentalmente, ocasionadas por las *ISAF*. Esto no sólo confunde dos asuntos independientes que requieren soluciones separadas, sino que también coloca a las *ISAF* al lado moralmente corrupto del asunto. A fin de comparar las muertes accidentales ocasionadas por las *ISAF*, el intentar proveer seguridad con las muertes intencionales ocasionadas por los insurgentes e intentar derribar a su gobierno confunde más las acciones tomadas por las *ISAF* con la violencia insurgente en las mentes de los afganos comunes y corrientes—cuya indignación con las fuerzas *ISAF*—por las bajas civiles es un resultado de expectativas muy altas para las *ISAF*. Las manifestaciones de indignación contra las matanzas insurgentes son menores porque los afganos consideran a los insurgentes en un estándar moral distinto. Los afganos esperan que las *ISAF* dejen de matar e impedir a los insurgentes matar.

Y para poner las cosas peores, a menudo, el comportamiento involuntario de nuestras tropas

provee una inesperada generosidad a los insurgentes quienes se involucran en la violencia e insta la repetición de estos eventos. A menudo, luego de una incursión, las tropas de las *ISAF* se quedan acantonadas por un periodo específico para asegurarse de que el ataque no forme parte de una serie de ataques. A las tropas de las *ISAF* que se les permite ir al área afectada lo hacen bajo condición de alerta total con una protección y vigilancia aumentada. Escasamente se hace algún esfuerzo para interactuar directamente con los afganos afectados, posiblemente porque las *ISAF* prefieren “dejar que las autoridades afganas se hagan cargo”. Si bien todas estas medidas son comprensibles desde un punto de vista de “protección de fuerza” realmente pueden hacer más daño que bien. Ellos perpetúan la idea de que las *ISAF* están más preocupadas con su propia seguridad que con las de los ciudadanos afganos comunes y aumentan el abismo que separa a los afganos de las tropas extranjeras quienes se desplazan en vehículos armados, ocultados detrás de planchas contra balas, ventanas teñidas y gafas oscuras. No transmiten ningún tipo de compasión por el sufrimiento humano para fomentar o aprovechar la ira común contra los perpetradores e infunden temor en lugar de poder y autoridad. Si bien, en ocasiones, los insurgentes han planificado ataques complejos que implican varios aparatos explosivos, la gran mayoría de dichos ataques involucran una sola explosión. Por lo tanto, es cuestionable si la ganancia de tales restricciones de seguimiento justifica las oportunidades perdidas y el mensaje transmitido sin finalidad alguna.

Transformar los efectos de los ataques de violencia convencerá a los insurgentes a cambiar sus tácticas. Esto significa que el terror, miedo e incertidumbre necesita transformarse en indignación pública y solidaridad mutua. Los afganos necesitan que se les inste a redirigir su ira hacia los insurgentes públicamente en lugar de culpar a las fuerzas extranjeras y al gobierno afgano de los incidentes de seguridad. Ventilar la frustración existente por medio de declaraciones a los medios de comunicación hará muy poco para lograr estos objetivos. La intervención necesita hacerse a un nivel personal. En lugar de mantener un perfil bajo después de un ataque, las tropas y líderes de las *ISAF*—en un gesto de compasión y solidaridad—necesita incrementar su visibilidad en las áreas afectadas. En consulta y sociedad con las autoridades afganas y quizás junto con miembros de la Policía Nacional afgana, visitas a las cabezas de familias afectadas y a los ancianos tribales, donde sea adecuado, para ofrecer sus condolencias, expresar simpatía y llevarles regalos también serían provechosas. Tales visitas, llevadas a cabo, adecuadamente, pueden animar a las comunidades afectadas o manifestarse públicamente en contra de la violencia y expresar su solidaridad con su gobierno y soldados que trabajan para prevenir tales ataques.

Si bien, algunos podrían cuestionar la viabilidad de la coordinación de las manifestaciones públicas contra los insurgentes, de hecho, recientemente ha sucedido en varias ocasiones. A mediados de octubre del 2008, las autoridades locales en Helmand y provincias circundantes respondieron cuidadosamente a una serie de ataques insurgentes. Allí, los afganos expresaron su ira contra los insurgentes en lugar de volcarse contra las autoridades y las protestas se difundieron hasta las provincias lejanas de Laghman, Nangarhar, Paktia, Herat y Bamiyan. En Herat, una asamblea encabezada por el gobernador provincial, escuchó declaraciones de distintos participantes, funcionarios gubernamentales y clérigos que proclamaban al Talibán como “no islámico”. Estas protestas no emergieron espontáneamente; las autoridades gubernamentales las consolidaron cuidadosamente. Dichas protestas les dio a los afganos locales los medios para expresar su ira contra aquellos realmente responsables

y alentaron la idea de que el gobierno estaba interesado en el bienestar de aquellos afectados. Asimismo, el Consejo Ulema en Kabul emitió declaraciones acerca de la naturaleza no islámica de los ataques. A fin de continuar basándose en estos eventos, el gobierno local y representantes extranjeros expresaron sus condolencias al tercer y cuarentavo día después de los sucesos, según la costumbre local.

Estos son los eventos que deberían recibir publicidad en los medios de comunicación para demostrar que los afganos afectados por la violencia insurgente no están solos en su pena ni en su ira. Debemos estudiar las lecciones aprendidas de tales incidentes y ponerlas en práctica en otras partes. Además, según se mencionó previamente, debemos incrementar el nivel de seguridad y presencia de manera que no dejemos a estos recién potenciados afganos vulnerables a las represalias de los insurgentes.

Además de ocasionar que los insurgentes cuestionen cuán útil es la violencia para lograr sus objetivos, estas clases de acontecimientos dirigidos presentan ventajas adicionales tras bastidores. Con demasiada frecuencia, se encuentran aquellos en la comunidad quienes saben de otros que activa o pasivamente respaldan a los insurgentes, pero no están dispuestos a compartir la información con las autoridades. Si bien nos gustaría que aquellos

La peor medida que podemos adoptar es intentar enmascarar nuestros propios errores en cuanto a las bajas civiles y a los daños a la infraestructura afgana—tan deplorables e involuntarios como pudieran ser.

con este tipo de información le proporcionaran la misma a las *ISAF* o a las fuerzas de seguridad gubernamental, al fin y al cabo, podría ser

igualmente provechoso si se la divulgaran a sus ancianos o simplemente expresaran en privado su desaprobación. Esta avenida les proporciona a los líderes locales, ahora armados con este conocimiento, oportunidades para demostrar que están tomando las medidas necesarias para solucionar el problema y destacar el estatus de los insurgentes como la minoría que son en realidad.

A fin de aprovechar tales oportunidades, tenemos que reconsiderar qué quisiéramos que generen nuestras iniciativas de inteligencia. Debemos substituir el reportaje y análisis que se da en los sistemas informáticos clasificados, alimentando los esfuerzos para matar o capturar a insurrectos, con la inteligencia local sobre las identidades, ubicaciones y redes de apoyo de los insurgentes. La dinámica aldeana y tribal, las economías locales y estructuras de poder, así como las necesidades de los afganos afectados—el mapa del terreno humano actualmente de moda—es necesaria si intentamos influir en el pensamiento y acciones de los afganos locales. Es necesario que se entienda, localmente, el significado y efecto de la propaganda de todo tipo, no sólo en Kabul. En lugar de usar medios técnicos costosos o contratistas con base en el Occidente, debemos obtener esta clase de inteligencia a través del contacto humano, respaldados por expertos culturales, religiosos y antropólogos, que a menudo están disponibles localmente sin costo alguno.

Es necesario que se entienda, localmente, el significado y efecto de la propaganda de todo tipo, no sólo en Kabul.

Por último, si bien los medios de comunicación continúan teniendo ciertos usos, los recursos humanos y financieros, desproporcionadamente grandes, absorbidos por la explotación de los medios de comunicación en las *ISAF* necesitan hacerse disponibles en los niveles más inferiores. Si hemos de ganar los corazones y mentes afganos, tenemos que ganar una aldea y valle a la vez. No se ganarán mediante la publicidad

televisiva refinada que vende Coca-Cola. No se ganarán publicando un millón de periódicos por año de las *ISAF* si aproximadamente tres cuartos de afganos son analfabetas. No se ganarán con una cadena de radio nacional que transmite un contenido idéntico, aun si lo complementan con grabaciones regionalmente producidas. Como en nuestro propio país, los afganos confían y prefieren implícitamente los medios de comunicación locales que los de Kabul. Sobre todo, confían mucho más en lo que les dicen los ancianos aldeanos y tribales que lo que les dice Kabul o Bruselas.

En lugar de asirse de cada acto de violencia insurgente para señalar lo obvio—que los insurgentes son malas personas—por ende dando más propaganda a una acción concebida para infundir miedo y ganar publicidad en primer lugar, deberíamos reservarnos el uso de los medios de comunicación para otros asuntos. Los afganos que leen los periódicos y regularmente ven televisión suelen ser los encargados de tomar decisiones y miembros de grupos minoritarios de la élite. Debemos utilizar los medios de comunicación para influir en la política gubernamental, sacar a la luz la corrupción, fomentar la inversión, promover la educación e informar al público sobre los sucesos que los afectan. Podemos usar los medios de comunicación para influir en la opinión y facilitar el diálogo entre estudiantes y la élite en busca de soluciones a un plazo más largo para esos actos terroristas que ya son el tema de discusión pública regional o nacional.

Podemos sacar provecho de las atrocidades cometidas por los insurgentes y a favor de los afganos que buscan un futuro pacífico. Solamente necesitamos hacerlo de manera diferente. Debemos hacer menos énfasis en enviar más tropas y más dinero para solucionar los problemas y considerar cambios de estrategia.

En lugar de presumir que el comportamiento insurgente no puede modificarse—o peor aún, darle publicidad gratuita a su comportamiento y por ende fomentar la repetición de los mismos—debemos intentar convencer a los insurgentes para que cambien sus tácticas y galvanizar la opinión pública en contra de ellos si no lo hacen. Los insurgentes son enemigos del pueblo afgano racional y adaptable, que han estado endulzando



Iain Cochrane

El periódico de las ISAF proporciona un medio para informar a la minoría que sabe leer. Al otro 75%, más o menos, se les tiene que llegar en otras maneras. (Kabul, abril de 2007)

y perfeccionando sus técnicas durante siete años—si acaso no más tiempo. Afganistán está consumiéndose en llamas y la gran mayoría de los afganos sabe quién inició el incendio. En lugar de discutir quién deberá operar las

mangueras, o quién está avivando las llamas, necesitamos energizar y potenciar a los afganos comunes para ayudar a extinguir el fuego en Afganistán antes de que el mismo nos consuma a todos.**MR**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Esta cita del Secretario de Defensa Gates apareció, entre otros, en Peter Spiegel “Defense Secretary Gates Wants to Spend more on U.S. Diplomacy”, *Los Angeles Times*, 16 de julio de 2008.

2. Ver datos estadísticos en <http://www.icasualties.org/oef/> y “Michael R. Gordon, “Afghan Strategy Poses Stiff Challenge for Obama”, *New York Times*, 1 de diciembre de 2008, sección Asia.

3. El Departamento de Policía de Nueva York cuenta con una fuerza activa de apenas 37.000 oficiales, http://www.nyc.gov/html/nypd/html/faq_police.shtml#1, mientras que un número de fuentes actuales citan que la policía nacional afgana cuenta con 79.000 oficiales, con una meta eventual de 82.000 oficiales (ver por ejemplo, www.defenselink.mil/newsarticle.aspx?id=49967).

4. Citado en Sir Robert Thompson, *Defeating Communist Insurgency: The Lessons of Malaya and Vietnam* (Londres: Chatto and Widus, 1996).

5. El trabajo previo sobre el tema incluye a Tim Foxley, “The Taliban’s Propaganda Activities: How well is the Afghan Insurgency Communicating and What is it Saying?”, Stockholm International Peace Research Institute, documento de proyecto, junio de 2007; Thomas H. Johnson, (night letters), “Small Ways and Insurgencies 18 no. 3 (septiembre de 2007), 317-44, Thomas Elkjer Nissen, “The Taliban’s Information Warfare: A comparative analysis of NATO information operations and Taliban Information Activities”, Royal Danish Defense College, diciembre de 2007 y Asia Report No. 158, “Taliban Propaganda: Winning the War of Words?” International Crisis Group, 24 de julio de 2008.

6. Se pueden plantear discusiones similares en cuanto a los mensajes proporcionados por el gobierno afgano y la comunidad internacional. Sin embargo, los mensajes de las ISAF y del gobierno afgano llevan una credibilidad significativa desde un punto de información elaborado. La corrupción y los fracasos percibidos de cumplir con promesas tales como mejorar la seguridad continuarán minando esta credibilidad.

7. Asia Report, Núm. 158, *Ibid*.

8. Thomas X. Hammes, *The Sling and the Stone: On War in the 21st Century* (Osceola Wisconsin: Zenith Press, 2006), p. 2.

9. La Misión de Ayuda de las Naciones Unidas en Afganistan condujo un estudio acerca de la tendencia hacia el ataque suicida desde 2001 hasta 2007 (“Suicide Attacks in Afghanistan 2001-2007”) el cual se puede encontrar en <http://fetcher.fw-notify.net/0000000234952526336/UNAMA%20-%20SUICIDE%20ATTACKS%20STUDY%20%20SEPT%202009th%202007.pdf>. (5 de diciembre de 2008, una serie de ataques a gran escala han continuado aumentando las cifras de víctimas).

10. Numerosas encuestas y estudios respaldan esta alegación. Entre ellas se encuentran: Altai Consulting’s Nationwide Research and Survey on Illegal States Opposing Armed Group’s—ISOAGs’ (abril de 2006); Environics Research Group “2007 Survey of Afghanistan”, the Charney Research Poll publicada en noviembre de 2007; y numerosas encuestas llevadas a cabo por Manasia Research Associates.